

¡Y qué buen efecto hace
El acorde que modula
Ferraz con tanta destreza
Y con expresion tan pura!

Humillémonos rendidos
A la Omnipotencia suma:
El cuerpo y sangre adoremos
De aquel Cordero sin culpa.

Ite, missa est... Pues vamos.
Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres
Y cena y broma: *alleluya*.

A cenar, Mariano dice,
A cenar, dice la turba;
Y del comedor la puerta
Ya se traga la tertulia.

¡Qué mesa tan elegante!
¡Qué espléndida! ¡Qué profusa!
¡Qué limpia! ¡Qué apetitosa!
¡Qué abundante! así me gusta.

Pavo y pernil la presiden;
Pavo, se entiende, con trufas;
Luégo están salmon y anguilas
Y, por supuesto, las truchas.

Pero no falta la sopa
De almendra, como se usa
De inmemorial en España,
Que es sopa de antigua alcornia.

Pues los vinos de Alicante,
Burdeos, Jerez... Me angustia
Ser alma por esta noche,
Porque el alma no manduca.

Si aquí estuviera mi cuerpo,
Que segun decia Porrúa

Tiene estómago más fuerte
Que el avestruz y la grulla,

Hiciese honor á la cena,
No en rábanos y aceitunas,
Sino en cosa de más jugo,
De más sustancia y más punta.

¡Qué queso tan exquisito!
¡Qué frescas y ricas frutas!
¡Qué almíbares! ¡Qué bizcochos!
¡Qué tortas, qué confituras!

¡Y el turrón omnipotente...!
¿Quién, turrón, no te saluda,
Si más que al mayor monarca
Te hacen la corte y te adulan?

Quién...? turrum... tum... tum... ¿qué es esto?
¿Qui est là? ¡Qué baraunda!
¿Quién osa hacer tanto ruido?
¿Quién mi descanso perturba?—

—Suy yo, señor, la antesala
Está sin velon, á oscuras,
Y tropecé y me he caidu,
Y algo rompí, pese á Judas.—

—Y ¿á qué vienes, mentecato?—
—Cumu ya ha dadu la una,
Vengu á ver si su celencia,
Se queda así ú se desnuda.—

—A que te rompa la crisma
Vienes, gran bribon, sin duda.
¿Y no sabes que has robado
Mi delicia y mi ventura?—

—Yu nada rubé, pur Cristu,
Lu que me dice me asusta.—
—Vete, maldito, á tu cuarto.—
—Aún nu ha durmidu la turca.



EL MORO EXPÓSITO

o

CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO DECIMO

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

ETC., ETC., ETC.

MY DEAR SIR,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the gloomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those whom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling*. I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

MY DEAR SIR,

Your obliged and obedient servant,

ANGEL DE SAAVEDRA

Paris, 1 December 1833

Veio outra idade, outros pensamentos, occupaçoens, estudos, livros, prazeres, desgostos, afflicções—tudo o que compoe a variada tea da vida,—e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidao e de repouso,—e as noites da minha infancia e os romances incultos e populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre.... e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindisima poesia nacional, e que podiam e devian ser aproveitadas.

J. B. GARETTE, en la carta que sirve
de prólogo á su ADOZINDA.



ROMANCE PRIMERO

Ninguno cierre la puerta,
Si Amor viniere á llamar,
Que no le ha de aprovechar.

Versos de un villancico de Juan de la Encina.

En ferias, romerías,
Toros y zambras
Estad alerta siempre,
Niñas incautas;
Que en los bullicios
Amor como ratero
Logra sus tiros.

Anónimo.

¿QUIÉN mi sueño interrumpe?... el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!...
¿Es el ronco huracan, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan léjos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrisono deshaga?—

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas (1).

(1) Al final de cada romance se encontrarán las notas que reclaman las llamadas.

¡Mas mi nombre escuché!... ¿Quién lo pronuncia?
¿Qué celestial ardor mi mente exalta?...
Te reconozco en fin, oh grave acento,
Y el fuego reconozco que me abraza.

ANGÉLICA, ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad... Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi redor... Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo también al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños días,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Corte de Hixcen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecía
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apénas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazón, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotara;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingenio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio musulmítico descansa.

Mas, ¡ay!... un velo misterioso encubre
Su incierto origen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer... ¡oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo
Su corazón; si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crimen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenit su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa:

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Después que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores varias
Engalanó la rica primavera,
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del ángel de la muerte arrebatara
Todo su encanto al cordobés imperio,
Y al Hagib (2) Almanzor su tierna hermana.

—Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los días de su vida breve
Léjos de la opulencia y de las galas
De la espléndida corte; aunque el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Sólo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuandoalgrande Almanzor, su ilustre hermano
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazón calmaban,
Como la nube bienhechora templada
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzón infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros días,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazón semillas
De honor y de virtud sembrando sábia.

¡Ay, cuántas veces, miéntras él gozoso
Tejiendo ramilletes y guirnalda,
Con amable inocencia recogía
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razón brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas
En el retiro y en la paz vivía
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama,
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta elección prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un día
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebató;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apénas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercía feroz en sus entrañas,
Cortando el vuelo á sus preciosos días,
La hundió en las sombras de la tumba helada.